



Capítulo 89 - ¿Por qué siempre haces esto?

—¡N-no está bien, Vergil! —exclamó Viviane, jadeando, intentando seguirle el paso. Sus pequeños pies corrían desesperados al contemplar sus anchos hombros. Parecía una montaña en movimiento, y cada paso que daba hacía vibrar el suelo ligeramente, dejándola atrás.

¡Me ignora! —rugió para sus adentros, con la frustración creciendo en su interior mientras sus cortas piernas luchaban por alcanzarla. La diferencia de tamaño la irritaba. Con una determinación casi cómica, obligó a sus músculos a correr más rápido, pero solo veía la espalda de Vergil alejándose.

—¡En serio, joven amo! ¡No puede elegir a alguien de la calle y criarlo! —continuó, intentando con su voz aguda acortar la distancia entre ellos, pero Vergil no pareció inmutarse—. ¡Eres demasiado joven para ser padre! —Sus palabras resonaron como un grito en el vacío, y su indiferencia solo avivó la frustración que la ahogaba.

Después de quince minutos de esta carrera interminable y desigual, Viviane ya se sentía como una niña perdida en un parque, cuando finalmente, un pensamiento la golpeó.

¡Es una bruja corrupta! ¡No le des refugio a semejante ser! Con este arrebató, se estrelló contra su espalda y casi cayó hacia atrás. Una sacudida inesperada la hizo frotarse la frente enrojecida.





—¡Ay... ay, qué dolor! ¡Es como si me hubiera dado contra un muro! —murmuró, masajeándose la zona donde su cabeza había chocado con el robusto cuerpo de Vergil.

Él no se movió, simplemente permaneció allí, de la mano de la niña que estaba a su lado. A pesar de su aparente debilidad, su determinación era admirable; estaba realmente decidida a seguirle el ritmo. Esto hizo que Viviane se preguntara sobre la fuerza de aquella niña, que parecía tan perdida, pero que ahora caminaba junto a un hombre cuya presencia era casi opresiva.

—Viviane —llamó Vergil sin volverse. La forma en que pronunció su nombre le provocó un nudo en el estómago.

—Un comentario más sobre lo que debo o no debo hacer, y encontraré la manera de matarte. —La amenaza no era una broma; su voz era grave, con una carga que la hizo detenerse de inmediato.

"Entiendo tus preocupaciones, entiendo todo lo que intentas decir, y no me importa lo suficiente". Continuó, y Viviane no pudo evitar sentir un escalofrío en la espalda. Él se giró lentamente, mirándola con un desdén que le aceleró el corazón.

Si quieres irte y dejar de servirme, vete. Eres libre. Y llévate tu espada. Se mantuvo firme en su postura, con una férrea determinación en la mirada.

"No quiero que alguien que abandone a un niño me siga." La frase fue como un golpe, y Viviane sintió la verdad en sus palabras. La idea de dejar a un niño desprotegido la hizo dudar, pero la frustración aún la quemaba.





—¡Vergil, no entiendes lo que haces! ¡Podría ser un problema, alguien que podría causar enormes problemas! —insistió, con la mirada fija en la delicada figura a su lado, tan vulnerable, pero a la vez tan decidida.

"¿Problemas?", repitió con voz casi desdeñosa. "¿Y los problemas que enfrento? ¿Parezco tranquilo? Me dejó inconsciente sin siquiera ver lo que pasó por culpa de un bastardo cualquiera, y ahora estoy aquí, perdiendo el tiempo discutiendo contigo mientras Ada está quién sabe dónde. Intento ignorarlo porque Zafiro dijo que todo está bien, pero no estoy bien, estoy a punto de explotar y cortar esta ciudad en cubos hasta encontrar al bastardo que se atrevió a decir que mi esposa no era mía."

Viviane estuvo a punto de replicar, pero no le salieron las palabras; la presión que sentía era el doble, no, cinco veces mayor que en cualquier otra ocasión en que Vergil hubiera alzado su aura cerca de ella. Su furia era palpable, y de alguna manera, comprendió que su ira provenía de una protección. "¡No puedes ignorar los riesgos, Vergil!", protestó.



—No estoy ignorando nada. Si así lo ves, estás ciega. —Respondió, su mirada ahora afilada, como una cuchilla, cortando cualquier resistencia que ella tuviera.

¿Y qué es lo correcto entonces? ¿Criar a una bruja corrupta que se convirtió en una bruja demoníaca? ¿De verdad crees que esto será seguro? ¡Podrías estar poniéndote en peligro, y también a la niña! La indignación en su voz era evidente, y Vergil mantuvo la vista fija en el camino.

Si es una bruja demoníaca, qué bien que yo la críe. La ayudaré a ser algo más. Una mujer fuerte que la reconozca, no una sombra que se ignore. La declaración de Vergil fue rotunda, y Viviane supo que no había más argumentos. Había tomado su decisión.

—No puedo creer que estés haciendo esto... —murmuró Viviane, todavía en shock.

Pero no había tiempo para más discusiones. Se acercaban a la mansión de Zafiro, la antigua residencia que Vergil se había visto obligado a visitar tras el entrenamiento espiritual que no le había servido de mucho.

El imponente edificio se alzaba frente a nosotros, con sus paredes de piedra cubiertas de enredaderas, emitiendo un aire de misterio y protección.

Al entrar, la atmósfera cambió. La mansión, antes solo una estructura, ahora parecía latir con vida. El aroma a madera vieja y el suave sonido del agua corriendo de fondo creaban una atmósfera acogedora, y por un instante, Viviane se sintió menos inquieta.

Katharina y Roxanne, las esposas de Vergil, estaban en la sala de estar, hablando en un tono que se volvió más agudo cuando notaron su llegada.

Katharina, con su ondulante cabello rojo y su mirada penetrante, fue la primera en ver a Vergil. Se levantó rápidamente, con sus ojos esmeralda brillando.

¡Vergil! ¿Dónde te has metido? ¡Te voy a matar! —Lo saludó con su habitual descaro, acercándose a él, pero su mirada pronto se fijó en la niña que estaba a su lado—. ¿Y quién es esta?

—Aún no tiene nombre, o al menos, yo no lo sé —respondió Vergil, con un tono de voz ahora suave, pero no exento de cierto orgullo—. Ella... necesita ayuda ahora mismo.





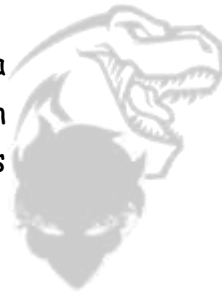
Roxanne, con su cabello rubio y expresión curiosa, también se acercó.
"¿Ayuda? ¿Trajiste a un niño aquí, Vergil? No puedes simplemente..."

—¡Es una bruja! —interrumpió Viviane, con los ojos encendidos por una mezcla de preocupación e indignación, pensando que las dos mujeres podrían influir en la decisión de Vergil.

"¿Eh? Es un demonio, mira su aura", dijo Katharina, señalando a la niña.

—Sí, es un demonio. Su producción de energía demoníaca es bastante grande —añadió Roxanne, examinando a la chica de cerca.

La niña junto a Vergil permaneció callada, pero visiblemente asustada por la atención. Se aferró a su mano con fuerza, como si fuera su única ancla en un mundo extraño y peligroso. Viviane, sin embargo, seguía inquieta, sus emociones oscilaban entre la ira y la ansiedad.



—Es una bruja. ¡No importa cuánta energía demoníaca tenga, no podemos confiar en ella! —insistió Viviane, alzando la voz.

—Mmm —dijo Katharina pensativa mientras miraba a la chica—. Vergil, ¿confías en ella? —preguntó, evaluando la situación con mucha más experiencia que los demás.

"¿Confiar en ella? Yo no diría eso. ¿Representa un riesgo? Para nada", respondió con firmeza.

"Ya veo. Entonces todo está bien", dijo Katharina encogiéndose de hombros.



—¡Espera! ¿Cómo que todo está bien? —preguntó Viviane, frenética.

"¿Crees que puedes cambiar su decisión? Simplemente acéptala y espera a que mi madre regrese", dijo Katharina con frialdad.

Mientras estos extraños adultos hablaban de una manera bastante inquietante, la Dulce Hada, Roxanne, decidió actuar.

Roxanne se acercó a la niña y se agachó a su altura, intentando parecer amigable. "Hola, pequeña. ¿Cómo te llamas? Si me lo dices, te daré una piruleta de demonio". Su voz era tan dulce como la piruleta roja que tenía en la mano, pero con un dejo de precaución.

La muchacha miró a Roxanne con sospecha, sus grandes ojos abiertos por el miedo, pero permaneció en silencio.

Vergil apretó suavemente la mano de la niña, ofreciéndole una pequeña sensación de seguridad. «Todavía no ha dicho nada... y no lo hará», comentó con una leve sonrisa triste.

"¿Qué quieres decir?", preguntó Roxanne confundida, aún intentando comunicarse con la chica. Vergil se arrodilló a su altura y le acarició la cabeza con suavidad.

"Ella es muda, Roxanne... No puede hablar", dijo, con una sonrisa teñida de tristeza.

Roxanne respiró hondo y, con su habitual dulzura, sonrió de nuevo, ofreciéndole la piruleta a la niña, pero esta vez con menos expectativas y más





cariño. "No te preocupes, cariño. No necesitas hablar para ganarte un premio". Colocó la piruleta con cuidado en la pequeña mano de la niña.

La niña se quedó mirando la piruleta un momento, luego miró a Roxanne antes de girar tímidamente la cara hacia Vergil. Él le devolvió la sonrisa, asintiendo como para asegurarle que todo estaba bien.

—No tienes por qué preocuparte —dijo Vergil con dulzura, con la mirada tierna mientras le acariciaba la cabeza una vez más—. Yo te cuidaré. Todos lo haremos.

De repente, el sonido de un círculo mágico carmesí que recorrió la habitación interrumpió la calma, haciendo vibrar los muebles con tanta fuerza que los hizo temblar ligeramente. Vergil suspiró, reconociendo el espectáculo inminente incluso antes de que se desarrollara por completo. La risa estruendosa e incontrolable resonó como un trueno, anunciando la caótica llegada de Zafiro.



¡IAJAJAJAJAJAJA! ¡ITAL COMO LO PREDIJE! ¡IAJAJAJAJAJAJA! Zafiro irrumpió en la habitación con una energía desbordante, su túnica ondeando tras ella mientras el resplandor rojo del círculo mágico se desvanecía. Su largo cabello negro se mecía mientras observaba la escena con aire de suficiencia, como si ya hubiera anticipado el caos que estaba a punto de causar.

Roxanne y Katharina intercambiaron miradas, ambas acostumbradas a las dramáticas entradas de su madre, pero aún incapaces de evitar un suspiro. Viviane, en cambio, retrocedió instintivamente, como si la presencia de Sapphire trajera algo aún más impredecible de lo que esperaba.

—Zafiro... —murmuró Vergil, frotándose la sien como si ya sintiera el inminente dolor de cabeza—. ¿Por qué siempre haces esto?